

¿Es posible la semántica?

Hilary PUTNAM
Universidad de Harvard

En las últimas décadas parece haberse hecho un enorme progreso en la teoría sintáctica de las lenguas naturales, en gran medida como resultado de la obra de lingüistas influidos por Noam Chomsky y Zellig Harris. En la teoría semántica de las lenguas naturales no se ha producido un progreso comparable al anterior, y es hora de preguntarnos por qué ha sido así. ¿Por qué es tan *difícil* la semántica?

EL SIGNIFICADO DE LOS NOMBRES COMUNES

Para hacernos una idea de las dificultades, echemos una ojeada a algunos de los problemas que surgen a propósito de los nombres generales. Los hay de muchos tipos. Algunos, como *soltero*, pueden definirse sin más ('persona que no ha estado nunca casada'), pero esto no sucede con la mayor parte de ellos. Unos derivan de formas verbales mediante transformaciones; por ejemplo, *cazador* = *el que caza*. Una clase importante, tanto filosófica como lingüísticamente, es la de los nombres generales vinculados a *clases naturales* —es decir, a clases de cosas que consideramos de importancia explicativa; clases cuyas características distintivas normales 'van juntas en', o incluso se las explica por, mecanismos subyacentes. *Oro, limón, tigre, ácido*, son casos de esos nombres. Quiero comenzar este trabajo sugiriendo (1) que las teorías del significado *tradicionales* falsean radicalmente las propiedades de estas palabras; (2) que lógicos como Carnap apenas hacen otra cosa que formalizar estas teorías tradicionales, con sus insuficiencias y todo; (3) que teorías semánticas como las aducidas por Jerrold Katz y sus colaboradores comparten de igual modo los defectos de la teoría tradicional. Por decirlo con la feliz frase de Austin, lo que nos han dado por un igual filósofos, lógicos y teóricos de la se-

mántica' es una 'descripción que se alimenta de mitos ("a 'myth-eaten description'").

Según el punto de vista tradicional, el significado de, digamos, 'limón' lo proporciona una conjunción de *propiedades*. Para cada una de esas propiedades, el enunciado 'los limones tienen la propiedad *P*' es una verdad analítica; y si P_1, P_2, \dots, P_n son todas las propiedades de la conjunción, entonces 'cualquier cosa con todas las propiedades P_1, P_2, \dots, P_n es un limón' es igualmente una verdad analítica.

En un sentido, esto es trivialmente correcto. Si se nos permite inventar propiedades inanalizables *ad hoc*, podemos encontrar una propiedad simple —ni siquiera una conjunción de ellas— cuya posesión sea una condición necesaria y suficiente para ser un limón. A saber, postulamos precisamente *la propiedad de ser un limón* o *la propiedad de ser oro* o aquello que necesitamos. Sin embargo, si exigimos que las propiedades P_1, P_2, \dots, P_n no tengan este carácter *ad hoc*, la situación es muy distinta. De hecho, en cualquier interpretación natural del término 'propiedad', es simplemente *falso* que decir que algo pertenece a una clase natural sea precisamente atribuirle una conjunción de propiedades.

Para apercibirnos de por qué es falso, consideremos el término 'limón'. Las presuntas 'características definitorias' de los limones son: color amarillo, sabor ácido, un cierto tipo de piel, etc. ¿Por qué *no* es definible el término 'limón', conyuntando simplemente estas 'características definitorias'?

La dificultad más obvia es que una clase natural puede tener *miembros anormales*. Un limón verde es, pese a todo, un limón —incluso si, debido a alguna anomalía, *nunca* se vuelve amarillo. Un tigre con tres patas es, sin embargo, un tigre. El oro en estado gaseoso es, no obstante, oro. Únicamente los limones normales son amarillos, ácidos, etc.; únicamente los tigres normales tienen cuatro patas; sólo el oro en condiciones normales es duro, blanco o amarillo, etc.

Para solventar esta dificultad, ensayemos la siguiente definición: *X* es un *limón* = *df*; *X* pertenece a una clase natural cuyos miembros normales tienen corteza amarilla, sabor ácido, etc.

Naturalmente, con el 'etc.' se presenta un problema. Lo hay también con lo de 'sabor ácido': ¿no debería ser ese sabor el que tiene un *limón*? Pero no hagamos caso de estas dificultades, al menos por ahora. Fijémonos en dos nociones que han salido a relucir en este intento de definición: las nociones de *clase natural* y de *miembro normal*.

Un término de clase natural (llevando por el momento nuestra atención de las clases naturales mismas a sus designaciones) es un término que juega un tipo especial de papel. Si describo algo como un *limón* o como un *ácido*, indico que probablemente tiene ciertas características (corteza amarilla, o un sabor amargo en una solución de agua, según sea el caso); pero también indico que la presencia de estas características, si es que todas ellas están presentes, es probable que se explique por alguna

'esencia natural' que la cosa comparte con otros miembros de la clase natural. No es cosa del análisis del lenguaje, sino de la construcción de teorías científicas, determinar la esencia natural; hoy diríamos que se trata de la estructura cromosómica, en el caso de los limones, o de ser un donador de protones, en el caso de los ácidos. Así pues, resulta tentador decir que un término de clase natural es simplemente un término que juega un cierto tipo de rol en la teoría científica o pre-científica: el rol, dicho sea a grandes rasgos, de señalar 'rasgos esenciales' comunes o 'mecanismos' que se hallan más allá y por debajo de los 'rasgos distintivos' obvios. Pero esto es vago y probablemente lo seguirá siendo. La meta-ciencia está hoy en su infancia: y en lo que respecta a prestarse a un análisis rápido y definitivo, términos como 'clase natural' y como 'miembro normal' se encuentran en la misma barca que términos meta-científicos más familiares como 'teoría' y 'explicación'.

Incluso si *pudiéramos* definir 'clase natural' —por ejemplo, 'una clase natural es una clase que es la extensión de un término *P* que juega tal-y-cual papel metodológico en alguna teoría bien confirmada'—, la definición conllevaría obviamente, al menos en parte, una teoría del mundo. No es *analítico* que las clases naturales sean clases que juegan ciertos tipos de roles en las teorías; lo que distingue *realmente* a las clases que consideramos naturales es ello mismo materia de investigación científica (de alto nivel y muy abstracta), y no precisamente de análisis del significado.

El que la definición propuesta de 'limón' use términos que se resistan ellos mismos a ser **definidos** no es, sin embargo, una objeción fatal. Hagamos, por lo tanto, una pausa para advertir que si es correcta (y pronto mostraremos que además es radicalmente esquemática), entonces la teoría tradicional de la fuerza de los términos generales está malamente equivocada. Decir de algo que es un limón es, por la anterior definición, decir que pertenece a una clase natural cuyos miembros normales tienen ciertas propiedades; pero no es decir que necesariamente las tenga él mismo. No hay verdades *analíticas* de la forma *todo limón tiene P*. Lo que ha sucedido es esto: la teoría tradicional ha tenido en cuenta lo que es correcto pensar de los conceptos de 'un sólo criterio' (*'one criterion concepts'*) —por ejemplo, de conceptos como 'soltero' y 'zorra'—, y ha hecho de ello una explicación general del significado de los nombres generales. De una teoría que describe correctamente el significado de quizá trescientas palabras, se ha afirmado que describe correctamente el comportamiento de los demás miles de nombres generales.

Es también importante darse cuenta de lo siguiente: si la anterior definición es correcta, el conocimiento de las propiedades que tenga una cosa (en cualquier sentido de propiedad que sea natural y no 'ad hoc') no basta para determinar, de una forma mecánica o algorítmica, si es o no un limón (o un ácido o lo que sea). Porque disponiendo incluso de una descripción de las propiedades cromosómicas de una fruta en, digamos, el lenguaje de la física de partículas, puedo no ser capaz de decir qué es un

limón, por no haber desarrollado la teoría según la cual (1) aquellas características físico-químicas son los rasgos estructurales cromosómicos (puedo no disponer ni siquiera de la noción de 'cromosoma') y (2) puedo no haber descubierto que la estructura cromosómica es la propiedad *esencial* de los limones. El significado no determina la extensión, en el sentido de que, dado el significado y una lista de todas las 'propiedades' de una cosa (en cualquier acepción particular de 'propiedad', pueda uno simplemente *deducir* si la cosa es un limón (o un ácido o lo que sea). Incluso si se nos diese el significado, el que algo sea o no sea un limón depende, al menos a veces, o puede depender, de cuál sea el mejor esquema conceptual, la mejor teoría, el mejor esquema de 'clases naturales'. (Naturalmente, ésta es una razón del fallo de los esquemas de traducción fenomenalistas.)

Las consecuencias de la definición propuesta son, creo yo, correctas, incluso aunque adolezca ella misma de una simplificación excesiva. ¿Es una verdad necesaria que los limones 'normales', tal y como pensamos en ellos (los ácidos y amarillos), son realmente miembros normales de su especie? Según la definición de más arriba, si no hay ninguna clase natural cuyos miembros normales sean amarillos, ácidos, etc., entonces *ni siquiera* estas frutas ácidas, amarillas, de piel gruesa, con las que hago limonada, *son literalmente limones*. Pero esto es absurdo. Es indiscutible que son limones, aunque no es analítico que lo sean *normales*. Más aún, si cambiara el color de los limones —digamos que como resultado de la entrada de algunos gases en la atmósfera terrestre y de su reacción con el pigmento de la piel de los limones—, no diríamos que los limones habrían dejado de existir, aunque una clase natural cuyos miembros normales eran amarillos y tenían otros rasgos de los limones *habría* dejado de existir. Así que la definición anterior es correcta en la medida en que lo que dice que *no es* analítico no lo es en realidad; pero es incorrecta en que lo que sería analítico, si fuese correcta, no lo es. Hemos debilitado la lógica de los términos de clases naturales, en comparación con el modelo de la 'conjunción de propiedades', pero no la hemos debilitado lo suficiente.

Hemos considerado dos casos: (1) los miembros normales de la clase natural en cuestión pueden no ser los que *pensemos* que son normales; (2) las características de la clase natural pueden cambiar con el tiempo, posiblemente debido a una variación en las condiciones, sin que la 'esencia' cambie tanto que deseemos dejar de usar la misma palabra. En el primer caso (los limones normales son azules, pero no hemos visto ningún limón normal), nuestra teoría acerca de la clase natural es falsa; pero al menos hay una clase natural de la cual tenemos una teoría falsa, y por eso podemos aplicar el término todavía. En el segundo caso, nuestra teoría era al menos verdadera una vez; pero ha dejado de ser verdadera, aunque la clase natural no haya dejado de existir, que es aquello por lo cual podemos aplicar el término todavía.

Intentemos dejar hueco a estas dos clases de casos modificando nuestra definición como sigue:

X es un limón = *df*: X pertenece a una clase natural cuyos... (como antes) O BIEN X pertenece a una clase natural cuyos miembros normales acostumbran a... (como antes) O BIEN X pertenece a una clase natural algunos de cuyos miembros normales se creía anteriormente, o de cuyos miembros se cree equivocadamente ahora, que... (como antes).

El problema de esta 'definición' es, desde un punto de vista no-técnico, que tiene algo de disparatado. Dejando a un lado incluso el requisito de cordura (y en realidad es demasiado frecuente en filosofía no hacer caso de tal exigencia), sigue sin funcionar. Supongamos, por ejemplo, que hace algunas decenas de miles de años no se conocía los limones, pero que sí que se conocía unas cuantas naranjas atípicas. Supongamos que estas manzanas atípicas tenían exactamente las propiedades que, en cuanto a piel, color, etc., tienen los limones: de hecho, podemos suponer que sólo un biólogo podría decir que eran verdaderamente naranjas raras, y no limones normales. Supongamos que la gente que viviese en ese tiempo las considerara miembros normales de una especie y que pensara, por ello, que las naranjas tienen exactamente las propiedades que en realidad tienen los limones. Entonces, según la definición anterior, todas las naranjas **que ahora existen serían** limones, puesto **que pertenecerían** a una especie (una clase natural) de la que una vez se creyó que sus miembros normales tenían las características de corteza amarilla, sabor, etc., del limón.

Mejor que tratar de hacer más complicada todavía la definición anterior, al modo de los filósofos constructores de sistemas, observemos simplemente qué es lo que ha ido mal. Es verdad —y es esto lo que la nueva definición trata de reflejar— que un posible uso de un término de clase natural puede ser el siguiente: el de referir a una cosa que pertenezca a una clase natural la cual *no* cuadre con la 'teoría' asociada a tal término, aunque se pensase que sí que lo hacía (tratándose, de hecho, de *la* clase natural que correspondía a la teoría), cuando no había sido todavía refutada dicha teoría. Incluso en el caso de que los gatos resultasen ser robots dirigidos por control remoto desde Marte, todavía los llamaríamos 'gatos'; incluso si las rayas [de las pieles] de los tigres hubiesen sido pintadas para engañarnos, todavía los denominaríamos 'tigres' a esos animales; incluso aunque los limones normales fuesen azules y nosotros lo ignorásemos —hasta ahora hemos estado comprando limones muy atípicos—, son, sin embargo, limones (y eso es lo que son los de color amarillo). No sólo los seguiremos llamando 'gatos': es que son gatos; no sólo los seguiremos llamando 'limones': son limones. Pero el hecho de que un término tenga varios usos posibles no lo convierte en un término disyun-

tivo; el error estriba en tratar de representar el comportamiento complejo de una palabra de clase natural por medio de algo tan simple como una definición analítica.

Decir que una representación analítica es un medio de representación demasiado simple no es lo mismo que decir que no haya ninguna representación posible. De hecho, cabe una representación muy simple: a saber,

limón: palabra de clase natural características asociadas: corteza amarilla, sabor ácido, etc.

Para engordar esto, habría que decir bastante más acerca de la conducta lingüística de las palabras de clase natural; sin embargo, en cuanto a *limón* no se precisa nada más.

LA TEORÍA DEL SIGNIFICADO DE KATZ

El punto de vista de Carnap sobre el significado en una lengua natural es éste: dividimos el espacio lógico en 'mundos lógicamente posibles'. (Que esto dependa en alto grado del lenguaje y que pueda dar por sentada la distinción misma entre lo analítico y lo sintético que espera hallar por medio de este procedimiento cuasi-operacional, son objeciones que Carnap no discute.) Al informador se le pregunta si diría si algo es o no es el caso en cada mundo lógicamente posible: se supone que (1) cada mundo lógicamente posible puede ser descrito en un modo lo suficientemente claro como para que el informador responda; y (2) que éste podrá decir que la oración en cuestión es *verdadera/falsa/ni una cosa ni otra, de forma clara*, sobre la base tan solo de la descripción del mundo lógicamente posible y del significado (o 'intensión') que asigna a tal oración. Como hemos visto, el segundo supuesto es falso, por la razón de que la teoría tradicional del significado es falsa: incluso conociendo el 'mundo lógicamente posible' que tenga usted en mente, el que yo decida si algo es o no es, digamos, un limón puede requerir que yo determine cuál es la mejor *teoría*; y esto no es algo que haya de establecerse haciéndole a nuestro informador preguntas del tipo de sí-o-no en una oficina alquilada para el caso. Esto no significa, naturalmente, que 'limón' carezca de significado; es decir, que el significado no es simplemente eso relacionado con la extensión, ni siquiera con la 'extensión en los mundos lógicamente posibles'.

Sin embargo, Carnap no es un pretexto. La teoría en la que quiero detenerme es la 'teoría semántica' recientemente propuesta por Jerrold Katz y sus colaboradores. A grandes rasgos, la teoría es así:

(1) El significado de cada palabra está caracterizado por una retahíla de 'marcadores semánticos'.

(2) Estos marcadores hacen las veces de 'conceptos' (los 'conceptos' mismos son procesos cerebrales, en la filosofía del lenguaje de Katz; sin embargo, ignoraré este *jeu d'esprit* aquí). Ejemplos de conceptos así son: *no-casado*, *animado* ('animate'), *foca* ('seal').

(3) Cada concepto así (concepto para el cual se introduce un marcador semántico) es un 'universal lingüístico', y significa una noción *innata* —'grabada', en uno u otro sentido de esta palabra, en el cerebro humano.

(4) Hay reglas recursivas —siendo esto el 'núcleo' científico de la 'teoría semántica' de Katz— por medio de las cuales las 'lecturas' de las oraciones, como un todo (siendo estas 'lecturas' algo así como cadenas de marcadores semánticos), se derivan de los significados de las palabras sueltas y de la estructura profunda (en el sentido de la gramática transformacional) de la oración.

(5) Todo el esquema se considera justificado al modo en que esto se dice de una teoría científica —por su capacidad para explicar cosas como nuestras intuiciones de que ciertas oraciones tienen más de un significado, o de que otras son anómalas.

(6) También se supone que las relaciones de analiticidad pueden derivarse de la teoría: por ejemplo, del hecho de que los marcadores correspondientes a 'no-casado' están también entre los de 'soltero' se ve que 'todos los solteros son no-casados' es analítico; y del hecho de que los marcadores ligados a 'animal' se presenten también en 'gato', uno puede ver (se supone) que 'todos los gatos son animales', es analítico.

Hay en este esquema inconsistencias internas que se notan ya de entrada. Por ejemplo, 'cremallera' se daría como un caso de 'universal lingüístico' (al menos formaría parte del 'distinguidor' bajo una de las lecturas de 'gato' —siendo la variante: *Máquina compuesta por un engranaje de piñón y cremallera*); pero en ninguna teoría de la evolución humana se considera universal el contacto con cremalleras^a). De hecho, ni siquiera es universal el contacto con la *vestimenta*, el *mobiliario* o la *agricultura*. Por ello, hemos de pensar que lo que Katz quiere decir es que, cuando esos términos hacen acto de presencia, se los puede analizar en conceptos que son realmente tan primitivos que su universalidad no es cosa que pueda descartarse. No hace falta decir que este programa no se ha realizado nunca y que Katz mismo lo ignora de continuo al dar ejemplos. Pero el tema de mayor interés para nosotros es el de que este esquema es una nada sofisticada traducción a un lenguaje 'matemático' de precisamente ¡la teoría tradicional que hemos estado criticando! De hecho, y en lo que concierne a los nombres generales, el único cambio es el de que, mientras que en la explicación tradicional con cada nombre se asociaba una lista de propiedades, en la de Katz se asocia una lista de *conceptos*. Se sigue de ello que cada contraejemplo a la teoría tradicional es también un contraejemplo a la teoría de Katz. Así, si Katz anota en la lista de nombre 'limón' el concepto 'amarillo', se habrá comprometido con 'todos los limones son amarillos'; si para el nombre 'tigre' anota 'de piel rayada', es-

tará comprometido con la analiticidad de 'todos los tigres tienen la piel rayada'; y así sucesivamente. De hecho, aunque Katz niegue que sus 'marcadores semánticos' sean ellos mismos *palabras*, es claro que se los puede considerar una clase de lenguaje artificial. Por lo tanto, lo que Katz está diciendo es que:

(1) Se puede dar un esquema mecánico para traducir una lengua natural a este 'lenguaje de marcadores' artificial (y este esquema es justamente la 'teoría semántica' de Katz).

(2) La retahíla de marcadores asociados a una palabra tiene exactamente el significado de la palabra.

Si (1) y (2) fuesen verdaderos, deduciríamos de golpe que existe un posible lenguaje —un 'lenguaje de marcadores'— con la propiedad de que toda palabra que los seres humanos hayan inventado o pudieran inventar posee una definición analítica en este lenguaje. ¡Pero esto es algo que, con razón, no podemos creer! De hecho: (1) Acabamos de ver que si nuestro análisis de las palabras de 'clase natural' es correcto, no se puede dar una definición analítica de ninguna de estas palabras. En concreto, una palabra de clase natural será traducible analíticamente al lenguaje de marcadores sólo en el caso especial de que se haya introducido un marcador con su significado exacto. (2) No tenemos ni la más remota idea de cómo podría ser una definición analítica de muchas de nuestras palabras. ¿Cómo sería una definición analítica de 'mamut'? (¿Diría Katz que es analítico que los mamuts se han extinguido? ¿O que tienen un cierto tipo de incisivo? ¡Estos son [algunos de] los rasgos que menciona el diccionario!^{b)}. Decir de una palabra que es el nombre de una especie extinguida de elefante es exactamente transmitir el uso de esa palabra; pero no se trata de una **definición analítica** (especialmente, de una condición analíticamente necesaria y suficiente). (3) Los *términos teóricos* de la ciencia carecen de definiciones analíticas, por razones familiares a todo lector de la reciente filosofía de la ciencia; sin embargo, estas palabras son, a ciencia cierta, miembros (y no precisamente atípicos) del vocabulario de los lenguajes naturales.

Hemos visto, creo, una razón de la reciente falta de progreso de la teoría semántica: uno viste los errores tradicionales con un ropaje moderno al hablar de 'reglas recursivas' y 'universales lingüísticos', pero los errores tradicionales permanecen. El problema para la teoría semántica está en desprenderse de la imagen según la cual el significado de una palabra se parece a una *lista de conceptos*; no en formalizar esa imagen errónea.

EL PESIMISMO DE QUINE

Desde hace tiempo, Quine ha manifestado un profundo pesimismo para con la posibilidad misma de un tema como el de la 'teoría semántica'. Ciertamente, no podemos dar por supuesto que *haya* aquí una mate-

ria científica por elaborar, por el hecho de que a la gente se le presente de tiempo en tiempo la ocasión de usar la palabra 'significado'; esto sería como concluir que debe haber un edificio científico que construir acerca de la 'causación', sólo porque la gente tiene la oportunidad de usar la palabra 'causa' ocasionalmente. En un sentido, *toda* la ciencia es una teoría de la causación, pero no el de que se use la palabra *causa*. De forma parecida, cualquier teoría desarrollada y sofisticada del uso del lenguaje será en un cierto sentido una teoría del significado; pero no necesariamente en el sentido de que utilice una noción como la de 'significado' de una palabra o de una preferencia. Por elemental que sea esta observación, constantemente se la pasa por alto en las ciencias sociales, y la gente parece esperar constantemente que la psicología, por ejemplo, debe hablar de 'aversión', 'atracción', 'creencia', etc. Simplemente porque el hombre común use estas palabras en la descripción psicológica.

El pesimismo de Quine no puede, por tanto, ignorarse; y en la medida en que nos refiramos a la utilidad de la noción tradicional de 'significado' puede muy bien resultar que Quine tenga razón. Pero todavía nos queda la tarea de tratar de decir cuáles son los problemas reales en el área del uso del lenguaje y de tratar de erigir un marco conceptual dentro del cual comencemos a hacer por resolverlos.

Volvamos ahora a nuestro ejemplo de las palabras de clase natural. Es un hecho, y uno cuya importancia para esta temática deseo poner de manifiesto, que el uso de las palabras puede enseñarse. Si alguien no conoce el significado de 'limón', puedo transmitirsele de alguna forma. Voy a sugerir que el problema reside en este simple fenómeno, y también en él por lo tanto la *raison d'être* de la 'teoría semántica'.

¿Cómo transmitir a alguien el significado de la palabra 'limón'? Muy probablemente, le enseñaré qué es un limón. Muy bien, cambiemos de ejemplo. ¿Cómo le transmito el significado de la palabra 'tigre'? Diciéndole *qué es un tigre*.

Es fácil ver que el sistema teórico propio de Quine (en *Palabra y Objeto*) no resolverá muy bien este caso. La noción básica de Quine es la noción de *significado estimulativo* ('*stimulus meaning*') —a grandes rasgos, esto es el conjunto de estimulaciones de las terminaciones nerviosas que 'inducirán a asentir' a *tigre*. Pero (1) es muy poco probable que yo transmita exactamente el significado estimulativo que tiene 'tigre' en mi idiolecto; y (2) en cualquier caso, no lo transmito directamente, es decir, describiéndolo. De hecho, no podría hacerlo. Quine trabaja también con la idea de *oraciones aceptadas*; por ello, podría tratar de reconducir este caso de algún modo, como por ejemplo: 'el interlocutor de su ejemplo comparte ya con usted una gran parte del lenguaje; de otra manera, no podría decirle usted qué es un tigre. Cuando usted «le dice qué es un tigre», simplemente le dice algunas oraciones que usted acepta. Una vez que el sabe qué oraciones acepta usted, es capaz naturalmente de usar la palabra, al menos cuando se trate de palabras observacionales'.

Pulamos, sin embargo, en alguna medida esta última réplica. Si transmitir el significado de la palabra 'tigre' supusiera transmitir la totalidad de la teoría científica aceptada en relación con los tigres, o incluso la totalidad de las cosas que se creen acerca de los tigres, se trataría entonces de una labor imposible de realizar. Es verdad que cuando le digo a alguien qué es un tigre, 'simplemente le digo ciertas oraciones' —aunque no necesariamente oraciones que *acepto*, a no ser en tanto que descripciones de tigres lingüísticamente estereotipados. Pero la cuestión es: ¿qué oraciones?

Para el caso especial de palabras como 'tigre' y 'limón', propusimos una respuesta ya. Se trata de lo siguiente: con la palabra 'tigre' se halla ligada de algún modo una *teoría*; no la teoría que propugnamos en realidad sobre los tigres, que es muy compleja, sino una teoría muy simplificada que describe, digámoslo así, un *estereotipo* del tigre. Describe, en el lenguaje que usamos anteriormente, un *miembro normal* de la clase natural. No es necesario que creamos en esta teoría, aunque en el caso de 'tigre' lo hacemos. Pero sí que es necesario que seamos conscientes de que *esta* teoría está ligada a la palabra: si alguna vez cambia nuestro estereotipo de los tigres, entonces la palabra 'tigre' habrá cambiado de significado. Si, por poner otro ejemplo, todos los limones se vuelven azules, la palabra 'limón' no cambiará inmediatamente de significado. Cuando diga por vez primera, sorprendido, 'los limones se han vuelto todos azules', 'limón' significará todavía lo que ahora —lo cual equivale a decir que con 'limón' se asociará todavía el estereotipo *limón amarillo*, incluso aunque se use **la palabra para negar** que los limones (incluso los que son normales) son en realidad amarillos. Puedo referirme a una clase natural mediante un término que está 'cargado' de una teoría de la que se sabe que no dice la verdad acerca de esa clase natural, sólo porque es obvio para todo el mundo que intento referirme a *esa* clase, y no afirmar la teoría. Pero, naturalmente, si los limones se volvieran azules (y así siguieran), con el tiempo 'limón' llegaría a tener un significado cuya representación sería ésta:

<i>limón</i> : palabra que designa una clase natural	características asociadas: corteza azul, sabor ácido
---	---

Entonces 'limón' habría variado de significado.

Resumiendo: Existen unos cuantos hechos a propósito de 'limón' o de 'tigre' (a los que denominaré *hechos medulares*) tales que, transmitiendo simplemente estos hechos, uno especifica el uso de palabras así. De forma más precisa: uno no puede transmitir su uso apropiado *a menos que* haga entender los hechos medulares.

Permítaseme subrayar que esto tiene el estatuto de hipótesis empírica. La hipótesis es la de que, a propósito de casi cualquier palabra (no sólo de las palabras de 'clase natural'), hay hechos medulares que si no

se transmiten (1) uno no puede comunicar el uso normal de la palabra (a satisfacción de los hablantes nativos) y que (2) en el caso de muchas palabras y de muchos hablantes, basta transmitirlos para expresar lo que, al menos, es una aproximación al uso normal. En el caso de una palabra de clase natural, los hechos medulares son que un miembro normal de la clase tiene ciertas características, o que esta idea, al menos, es el estereotipo vinculado a la palabra.

Si esta hipótesis fuese falsa, entonces creo que el pesimismo de Quine estaría probablemente justificado. Pero si la hipótesis fuese correcta, creo que es claro cuál es el problema de la teoría del significado, al margen de si uno opta o no por llamarla 'teoría del significado': la cuestión es explorar y explicar este fenómeno empírico. Preguntas que surgen, entonces, de forma natural, son: ¿Qué tipos diferentes de palabras se asocian con qué clases de hechos medulares? Y ¿mediante qué mecanismos ocurre que el oyente sea capaz de imitar el uso normal de una palabra con solo transmitirle un pequeño conjunto de hechos medulares?

Los wittgensteinianos, cuya debilidad por la expresión 'forma de vida' parece ser directamente proporcional a cuán absurdo resulta usarla en el contexto de que se trate, dicen que adquirir el uso común de una palabra como 'tigre' viene a ser lo mismo que compartir una forma de vida. Lo que se les escapa, o en cualquier caso no enfatizan, es que aunque la disposición adquirida puede ser lo suficientemente compleja y estar lo suficientemente ligada a otras disposiciones complejas como para merecer una mención especial (si bien no la marchita frase de 'forma de vida'), lo que pone en marcha la disposición es a menudo muy específico —por ejemplo, con bastante frecuencia una simple definición léxica es suficiente para comunicar una muy buena idea del modo en que se usa una palabra. Con seguridad, como Wittgenstein recalca, esto es posible sólo porque poseemos una naturaleza humana compartida y porque hemos tenido en común un proceso de culturización —ha de haber una larga puesta en escena antes de poder leer una definición léxica e imaginar cómo se usan las palabras. Pero al 'desmitificar' este hecho —el hecho de que algo tan simple como una definición léxica pueda transmitir el uso de una palabra— los wittgensteinianos olvidan su importancia. Seguramente, hay una larga puesta en escena, pero raramente se trata de entrenamiento destinado a capacitarle a uno a aprender el uso de *esta* palabra. El hecho de que se *pueda* aprender a usar un número indefinido de nuevas palabras, y a partir de sencillos 'enunciados de lo que significan', es asombroso: es, repito, el hecho sobre el cual descansa la teoría semántica.

A veces se dice que el problema de la semántica es: ¿Cómo llegamos a comprender una nueva oración? Sugiero que este problema es bastante más sencillo (aunque no carente de importancia). Es fácil describir, al menos en principio, cómo se usan las palabras lógicas para construir oraciones complejas a partir de otras más simples; y también es fácil decir cómo las condiciones veritativas, etc., de las oraciones complejas se relacionan

con las de las oraciones de las que derivaron. Esto es cosa de hallar una estructura de reglas recursiva que guarde una relación adecuada con la gramática transformacional del lenguaje en cuestión. Sugiero que la pregunta: ¿Cómo llegamos a comprender una nueva *palabra*?, tiene que ver, bastante más que aquella primera, con todo el fenómeno de dar definiciones y escribir diccionarios. Y es este fenómeno —el de escribir (y precisar de) diccionarios— el que da lugar a toda esa idea de la 'teoría semántica'.

TIPOS DE HECHOS MEDULARES

Veamos ahora con mayor detenimiento el tipo de información que uno proporciona al transmitir el significado de una palabra. He dicho que en el caso de las palabras de 'clase natural' uno comunica el *estereotipo* asociado: la idea de las características de un miembro normal de la clase. Pero, en general, esto no basta; uno debe decir también la extensión, uno debe indicar en qué clases se supone que el estereotipo 'encaja'.

Desde el punto de vista de cualquier teoría tradicional del significado, sea la de Platón, la de Frege, la de Carnap o la de Katz, esto carece de todo sentido. ¿Cómo puede uno 'dar' la extensión de, por ejemplo, 'tigre'? ¿Se supone (¡no lo quiera el cielo!) que he de especificar todos los tigres del mundo? La sola forma en que me cabe dar la extensión de un término es llevando a cabo una descripción de esa extensión; y entonces esa descripción deberá ser una 'parte del significado'; o si no, mi definición no enunciará **significado alguno** en absoluto. Decir: 'Le indiqué ciertas condiciones ligadas a la palabra y le proporcioné la extensión' (como si eso no fuera dar *más* condiciones) es tan solo un sinsentido.

El error del teórico tradicional yace en su apego por la palabra 'significado'. Si dar el significado es *dar* el significado, entonces es dar una cosa definida; pero dar el significado no es, como veremos dentro de un momento, darle a alguien una cosa definida. Abandónese la palabra 'significado', que resulta aquí extremadamente equívoca: no hay *ningún* conjunto de hechos que hayan de ser transmitidos al especificar el uso normal de una palabra; y el tener esto en cuenta exige que hagamos más compleja nuestra noción de 'hechos medulares'.

Si la palabra que uno tiene en mente es 'tigre', parece raro que el mismo estereotipo pueda vincularse a varias clases [naturales]; pero cambie-mos de ejemplo y optemos, por ejemplo, por 'aluminio', y ya no nos parecerá igual. Todo lo que yo sé del aluminio es que es un metal ligero, con el que se hacen ollas y sartenes duraderas y que no parece oxidarse (pese a que ocasionalmente se decolore). Pero si es esto todo lo que sé, también le cuadra al molibdeno.

Supongamos ahora que una expedición de colonos hispano-parlantes deja la Tierra en una nave espacial hacia un lejano planeta. Cuando lle-

gan a él, descubren que ninguno de ellos recuerda el peso atómico (o cualquier otro rasgo definitorio) del aluminio, ni el peso atómico (u otra característica definitoria) del molibdeno. En la nave espacial hay algo de aluminio y algo de molibdeno. Supóngase que imaginen estos colonos que sepan cuál es cuál, y que no están en lo cierto. Y que, a causa de ello, usen 'aluminio' como nombre del molibdeno, y 'molibdeno' como nombre del aluminio. Es inmediato darse cuenta de que en esta comunidad 'aluminio' tiene un significado diferente del que tiene en la nuestra: de hecho, significa *molibdeno*. Sin embargo, ¿cómo puede ser esto? ¿No tenían ellos la 'competencia lingüística' normal? ¿No 'sabían todos el significado de la palabra «aluminio»'?

Esquivemos momentáneamente esta pregunta. Si quiero asegurarme de que la palabra 'aluminio' siga siendo usada por los colonizadores de mi ejemplo conforme al modo 'normal', bastará con dotarles de algún procedimiento que les permita identificar el aluminio (o tan sólo de una muestra cuidadosamente rotulada, dejándoles descubrir el medio de identificación, si son los suficientemente inteligentes). Una vez que sepan cómo *distinguir* el aluminio de otros metales, continuarán usando la palabra con la extensión correcta (en particular, con su estereotipo). Pero démonos cuenta: no importa qué procedimiento demos a los colonos. El procedimiento no es parte del significado; por el contrario, para preservar el 'uso normal' se precisa de uno u otro procedimiento (o algo como, por ejemplo, una muestra de la que pueda derivarse un procedimiento). De hecho, el significado determina la extensión; pero sólo porque la extensión (fijada mediante *algún* procedimiento) es, en ciertos casos, 'parte del significado'.

Hay que contar con dos retoques más: si les damos un procedimiento, no deben hacer de él parte del estereotipo —eso sería un cambio en el significado. (Así, es mejor si ninguno de ellos *conoce* el procedimiento; en la medida en que lo conozcan los expertos y en que el hablante medio le 'consulte a un experto sus dudas', los criterios mencionados en el procedimiento no pueden infectar el estereotipo.) Como procedimiento para el hablante normal, basta con preguntarle a un experto; por eso no damos procedimiento alguno en un contexto usual.

Para el caso de una palabra que designe una clase natural podemos modificar ahora nuestro análisis de los 'hechos medulares' del siguiente modo: (1) Los hechos medulares son el estereotipo y *la extensión*. (2) Normalmente no hace falta que digamos nada de la extensión, puesto que nuestro interlocutor sabe que, si surgiera alguna duda, siempre puede consultarle a un experto. (3) En casos especiales —como el de los colonos— puede haber el peligro de que la palabra quede ligada a una clase natural errónea, incluso aunque el estereotipo correcto se halle vinculado a ella. En casos así, uno ha de especificar algún modo de obtener la extensión adecuada, pero no se precisa de ninguno *en particular*.

Un problema parecido surge en el caso de 'limón' o de 'tigre'. Es ló-

gicamente posible (aunque, quizás, empíricamente poco probable) que una especie frutal que nada tuviera que ver con los limones no pudiera distinguirse de éstos por su sabor y apariencia. En tal caso, habría dos posibilidades: (1) llamar a esos frutos *limones*, con lo cual 'limón' sería una palabra que designaría cualquier especie natural de entre un número indefinido de ellas; o bien (2) decir que no son limones (que es, sospecho, lo que los biólogos decidirían hacer). En este segundo caso, los problemas son exactamente los mismos que con *aluminio*: para cerciorarse de que uno sigue el 'uso normal' o el 'significado común' o lo que sea, uno debe estar seguro de que obtiene la extensión correcta.

En el caso de los nombres de cualidades sensibles como, por ejemplo, los colores también se plantea el problema de que dar la extensión es parte de [lo que hay que hacer para] especificar el significado. Ahora, sin embargo, es normal indicar la extensión dando una muestra, de modo que la persona que aprenda la palabra aprenda a reconocer la cualidad del modo normal. Frecuentemente se ha considerado un defecto de los *diccionarios* el que 'rebozen' de muestras de colores y de retazos dispersos de información empírica (por ejemplo, el número atómico del aluminio. La razón de ser de la presente discusión es que esto no es ningún defecto en absoluto, sino algo esencial en la función de transmisión de los hechos medulares en cada caso.

Todavía podemos referirnos de paso a otras palabras. En el caso de las palabras 'de un solo criterio' (palabras para las que puede darse una condición necesaria y suficiente que es analítica) es cosa obvia por qué son los hechos medulares esa condición necesaria y suficiente, que es analítica, como 'persona que no ha estado nunca casada' para el caso de 'soltero'. En cuanto a las palabras de 'haz de criterios' (*'cluster words'*) —por ejemplo, el nombre de una enfermedad de la que no se conoce que tenga ninguna causa subyacente—, es manifiesto por qué los hechos medulares son precisamente los síntomas típicos o elementos del haz; y así sucesivamente. Conocida la *función* de un tipo de palabra, no es difícil explicar por qué ciertos hechos desempeñan el papel de hechos medulares en la transmisión del uso de las palabras de ese tipo.

LA POSIBILIDAD DE LA SEMÁNTICA

¿Por qué es, entonces, la semántica tan ardua? En términos de lo que antecede, quiero sugerir que la semántica es un caso típico de ciencia social. El descuido, la falta de leyes y de teorías precisas, de rigor matemático, son todas ellas características de la ciencia social en la actualidad. Mientras no se disponga de un modelo general y preciso de lo que es un usuario del lenguaje, no cabe esperar tener una teoría general y precisa que responda a las preguntas: (1) ¿Por qué desempeñan las palabras los diferentes tipos de funciones que de hecho desempeñan?, y (2) ¿Cómo pue-

de transmitirse, de un modo exacto, los hechos medulares que le permiten aprender a uno el uso de una palabra? Y para esto hace falta todavía un largo trecho. Pero el hecho de que Utopía esté tan lejos no significa que la vida de cada día se haya de detener bruscamente (*'come to a screeching halt'*). Queda mucho por investigar, a nuestra descuidada e impresionista manera, y muchos resultados reales que obtener. El primer paso es el de librarnos de las simplificaciones excesivas que la tradición ha inculcado en nosotros y el de ver dónde residen los auténticos problemas. Espero que estas páginas hayan supuesto una contribución a ese primer paso*.

Versión castellana:
Juan José ACERO

* Publicado originalmente en *Languages, Belief and Metaphysics*, compilación de H. Kiefer y M. Munitz, vol I de *Contemporary Philosophic Thought: The International Philosophy Year Conferences at Brackport*, con la autorización de The State University of New York Press. Copyright c para la State University of New York.

Pese a que la responsabilidad de las opiniones aquí vertidas me corresponde a mí tan sólo, naturalmente, no hay duda de que reflejan la influencia de dos hombres que han pesado profundamente en mi actitud hacia los problemas lingüísticos: Paul Ziff y Richard Boyd. Les debo tanto gratitud, y su contagioso entusiasmo, como muchas horas felices de conversación filosófica.

NOTAS DEL TRADUCTOR

a) En este punto he optado por un ejemplo del castellano que se ajusta a las explicaciones teóricas de Putnam. El ejemplo original, en inglés, hace referencia a una acepción de *'bachelor'* de acuerdo con la cual ese término se aplica también a los machos jóvenes de ciertas focas. En su versión original, el texto dice esto: «For example, 'seal' is given as an example of a 'linguistic universal' (at least, 'seal' occurs as part of the 'distinguisher' in one reading for 'bachelor' —the variant reading: *young male fur seal*, in one of Katz's examples); but in no theory of human evolution is contact with seals universal.»

b) Me he alejado ligeramente de la versión original, a fin de ajustar el ejemplo a lo que uno encuentra en el Diccionario de la Academia en la voz que corresponde a *'mamut'*. Allí no se habla de molares, como hace Putnam, sino de incisivos; y ya que se indican algunos otros rasgos de esos animales extintos, me he permitido añadir entre corchetes la expresión *'algunos de'*. El texto inglés dice: «Or that they have a certain kind of molar? These are the items mentioned in the dictionary!»